

Enigmas y misterios de la II Guerra Mundial

JESÚS HERNÁNDEZ



Colección: Historia Incógnita
www.nowtilus.com

Título: *Enigmas y misterios de la II Segunda Guerra Mundial*

Autor: Jesús Hernández

© 2005 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla, 44, 3.º C, 28027-Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Responsable editorial: Teresa Escarpenter

Diseño y realización de cubiertas: Carlos Peydró
Diseño y realización de interiores: Grupo ROS
Producción: Grupo ROS (www.rosmultimedia.com)

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 84-9763-307-5
EAN: 978-849763307-9
Fecha: Febrero 2006

Printed in Spain
Imprime: Imprenta Fareso
Depósito Legal: M. -2005

A nuestro hijo Marcel

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	7
CAPÍTULO 1. SUCESOS INEXPLICADOS	11
La invasión que nunca ocurrió	12
Un aeródromo maldito	20
La Batalla de Los Ángeles	23
La fantasmagórica Batalla de los <i>Pips</i>	31
<i>Milagro</i> en Milán	35
Propuestas de armisticio en Normandía	39
Jameson, el marinero desconocido	46
CAPÍTULO 2. ESPÍAS ENIGMÁTICOS	51
<i>La Gata</i> , una atractiva agente doble	52
<i>Cicerón</i> , espía al mejor postor	60
Sorge, el salvador de Moscú	69
Jane Horney, la audaz pelirroja	79
CAPÍTULO 3. EXTRAÑAS DESAPARICIONES	85
El <i>Lady Be Good</i> , náugrafo en el desierto	86
Glenn Miller, la desaparición de un mito	93
El último vuelo de Saint-Exupery	101
Wallenberg, el «héroe sin armas ni tumba»	107
Los soldados perdidos de Hersbruck	114
El tesoro de Yamashita	119

CAPÍTULO 4. BARCOS MALDITOS	133
Al rescate del <i>Graf Spee</i>	134
<i>Graf Zeppelin</i> , el portaaviones fantasma	142
La extraña historia del <i>Tirpitz</i>	147
La innecesaria tragedia del <i>Cap Arcona</i>	155
¿Quién hundió el submarino USS <i>Tang</i> ?	161
El terrible destino del USS <i>Indianapolis</i>	165
El submarino que pudo cambiar la Historia	170
CAPÍTULO 5. MUERTES MISTERIOSAS	177
La enigmática muerte de Leslie Howard	178
Sikorski, ¿accidente o sabotaje?	184
La misión secreta de Joe Kennedy	197
El misterioso final de Bormann	205
La última burla de Goering	216
¿Qué ocurrió con el cadáver de Hitler?	224
CAPÍTULO 6. MITOS E HISTORIAS FANTÁSTICAS	241
<i>Foo Fighters</i> , las luces voladoras	242
La bomba atómica nazi	249
La Lanza del Destino	262
El mito del Experimento Filadelfia	276
Extraños sucesos en las Bermudas	284
Los supuestos hijos de Hitler	288
EPÍLOGO	303
BIBLIOGRAFÍA	305

INTRODUCCIÓN

La Segunda Guerra Mundial constituyó el acontecimiento histórico central del siglo XX y seguimos viviendo sus consecuencias en la actualidad. Pero, pese a todo lo que se ha escrito sobre este conflicto, continúan existiendo episodios que presentan numerosos interrogantes.

Desapariciones, muertes misteriosas, personajes enigmáticos... la contienda de 1939-45 se nos presenta esmaltada de capítulos que excitan la imaginación del más juicioso y ponderado de los historiadores. Cada día surgen nuevas revelaciones destinadas a esclarecer estos extraños sucesos, pero, en muchas ocasiones, lo único que consiguen es abrir nuevos frentes de investigación que acrecientan aún más la curiosidad y la intriga entre los apasionados por la Segunda Guerra Mundial.

Este libro pretende ser una aproximación a esos temas que, seis décadas después de terminado el conflicto, aún permanecen envueltos en sombras. En estas páginas he intentado ofrecer un estudio honesto y riguroso sobre los hechos que todavía desafían a los investigadores. Pero este enfoque requiere escapar a las múltiples tentaciones que se ofrecen a la hora de escribir un libro de estas características.

A nadie se le escapa el hecho de que, a lo largo de los años, muchos han aprovechado el terreno abonado de la Segunda Guerra Mundial para especular con historias de dudosa procedencia, basados parcialmente en historias verídicas en la mejor de las ocasiones, que subvierten claramente

la realidad de los acontecimientos. Así pues, han ido surgiendo una serie de supuestos misterios cuyo único objetivo parece ser poner a prueba la credulidad y, en ocasiones, la paciencia del lector.

Es habitual encontrar el último testimonio que descubre a Hitler en la Patagonia, o una descripción meticulosa de los supuestos platillos volantes nazis, todo ello mezclado con estudios poco rigurosos sobre la vertiente ocultista y mágica del Tercer Reich y todo tipo de teorías conspirativas, dando como resultado un concepto devaluado de lo que entendemos por «misterios de la Segunda Guerra Mundial».

Pero no es necesario acudir a estas historias fantásticas para verse atrapado por los enigmas de aquella conflagración que han quedado sin resolver. La historia de la Segunda Guerra Mundial es lo suficientemente sugestiva como para capturar la atención y la curiosidad del lector, sin necesidad de recurrir a esas calenturientas elucubraciones. Por lo tanto, en esta obra simplemente se presentan los hechos tomando la versión más ajustada a la realidad, cuando es el caso, o simplemente admitiendo la falta de información disponible para poder esclarecer el asunto en cuestión.

Sin embargo, teniendo en cuenta el innegable atractivo con el que cuentan ese tipo de historias que han alimentado la imaginación de los lectores durante décadas, he optado por dedicar el último capítulo del libro a algunos de esos relatos fantásticos, los que presentan en su origen algún atisbo de realidad histórica comprobable.

Por lo tanto, aquí presento esta obra que pretende dejar constancia de un hecho que a muchos puede sorprender; la existencia de numerosos puntos oscuros en la historia del conflicto de 1939-45. A pesar de todo lo que se ha escrito y divulgado sobre la Segunda Guerra Mundial, la respuesta a muchas preguntas sigue guardada bajo el sello de alto secreto de las potencias vencedoras en la guerra. No sabemos los motivos de esta falta de transparencia y sería aventurado decir que todos ellos son inconfesables, pero la realidad es que, cuanto más avanzamos en el estudio de la aquella contienda, más misterios se aparecen ante nuestros sorprendidos ojos.

Si el lector espera encontrar respuestas en este libro, siento decepcionarle de entrada, pero al finalizar su lectura no sólo no habrá resuelto ninguna de sus dudas, sino que probablemente se hallará con muchas más en su cabeza de las que tenía antes de afrontarlo. Aquí no se esclarecerán los enigmas de la guerra –esa sería una pretensión propia de algún iluminado– sino que se plantearán nuevos y variados interrogantes.

A los que sentimos pasión por todo lo que rodea a la Segunda Guerra Mundial a menudo nos preguntan por los motivos que nos mueven a conocer cada vez con mayor profundidad todos los aspectos que conforman aquel conflicto. He de confesar que aún no he podido elaborar una respuesta lo suficientemente convincente, pero es posible que la cuestión tenga algo que ver con estos misterios que aún hoy permanecen sin resolver.

Por mucho que caminemos adelante en la investigación de estos arcanos, siempre vemos cómo la línea del horizonte se aleja a la misma velocidad. Pero la imposibilidad de llegar a él nos permite, en nuestro camino, ir descubriendo nuevas regiones ignotas que estimularán siempre nuestra imaginación y las ansias de conocimiento.

Nunca lograremos alcanzar la comprensión absoluta de todo lo que ocurrió durante aquellos seis años de sangre y fuego, pero el convencimiento de que siempre nos quedarán por conocer nuevos episodios que nos emocionarán, nos sorprenderán o nos intrigarán, hace que la Segunda Guerra Mundial sea ya para siempre una inagotable fuente de enigmas y misterios.

Barcelona, noviembre de 2005.

CAPÍTULO I

Sucesos inexplicados

*L*a Segunda Guerra Mundial es probablemente el hecho histórico del que más se ha escrito e investigado pero, aún así, existen numerosos episodios ocurridos durante aquella contienda que permanecen todavía hoy sin una explicación lógica.

Los detalles de estos casos misteriosos pueden haberse visto mediatizados por la propaganda o la confusión inherente a todo conflicto bélico, por lo que es difícil establecer con rigor el desarrollo de los hechos tal como ocurrieron. Pero en algunas ocasiones resulta ya imposible averiguar la verdad, pues el tiempo ha arrojado tantas dosis de incertidumbre sobre ellos que quizás sea mejor que permanezcan como misterios sin resolver.

Existen otros sucesos en los que cabe la posibilidad de que algún día por fin sepamos la verdad. Aún existen muchos archivos que permanecen cerrados a los investigadores, para salvaguardar quizás algún secreto considerado demasiado importante como para que salga a la luz.

Seguramente algún día podamos desentrañar los pormenores de esos hechos inexplicados, pero hasta que llegue ese momento tan sólo podremos aventurar hipótesis más o menos verosímiles.

LA INVASIÓN QUE NUNCA OCURRIÓ

En la madrugada del 1 de septiembre de 1939, Hitler lanzaba a sus temibles *panzer* sobre Polonia. Tres días después, Francia y Gran Bretaña, que hasta ese momento siempre habían transigido en las cada vez más ambiciosas pretensiones del *Führer*, decidían por fin frenar la expansión nazi, declarando la guerra a Alemania.

La entrada en el conflicto de las potencias occidentales no sirvió a Polonia para resistir el avance del Ejército alemán, la *Wehrmacht*. En una acción tan heroica como inútil, los jinetes polacos se lanzaron en una carga desesperada contra los *panzer*, que no encontraron ninguna dificultad para aniquilarlos. Ese encuentro desigual sería el símbolo del fin de una visión romántica de la guerra y de la irrupción de la maquinaria de guerra nazi, capaz de aplastar cualquier resistencia gracias a su eficacia arrolladora.

Europa había sido testigo por primera vez de la «guerra relámpago». En pocos meses fueron cayendo, además de la propia Polonia, Dinamarca, Noruega, Luxemburgo, Bélgica y Holanda. Parecía que nada podía interponerse entre Hitler y su sueño de dominar todo el continente.

Tan sólo quedaba la esperanza de que la potente Francia lograra frenar al victorioso líder del Tercer Reich. El Ejército galo contaba con una fuerza de similares características, en hombres y material, a la que presentaba la intratable *Wehrmacht*. Pero la audacia y el afán de victoria de las tropas germanas desbarató los intentos franceses de frenar su avance, pese a contar con la ayuda de un cuerpo expedicionario británico, que se vería obligado a reembarcar en Dunkerque.

Finalmente, Francia cayó ante el rodillo alemán y aceptó un humillante armisticio el 22 de junio de 1940, en el mismo vagón de ferrocarril en el que Alemania firmó el que suponía su derrota en la Primera Guerra Mundial. Al día siguiente, Hitler visitaba por primera y última vez París, meditando varios minutos junto a la tumba de Napoleón. Sus megalomaniacos sueños de gloria se habían cumplido.

Pero su satisfacción no era completa. Al otro lado del Canal de la Mancha permanecía desafiante la irreductible Inglaterra. Su primer ministro,

Winston Churchill, que había sustituido al pusilánime Neville Chamberlain, era el único dirigente que estaba dispuesto a enfrentarse al dictador nazi. Hitler exploró la posibilidad de alcanzar un acuerdo de paz que entregase a Alemania el dominio total y absoluto de la Europa continental, mientras que al Imperio británico se le permitiría conservar el dominio de sus extensas posesiones de ultramar.

Pero los ingleses no estaban dispuestos, bajo ningún concepto, a doblar la rodilla ante el arrogante dictador aceptando ese indigno reparto del mundo, y Churchill se encargó de galvanizar en su persona esa inapeable determinación de resistir a toda costa.

El veterano político británico sabría transmitir a sus conciudadanos la energía suficiente para superar la dura prueba a la que los alemanes les iban a someter. Su célebre discurso en los micrófonos de la BBC iba a marcar la pauta de la resistencia del pueblo británico a la tiranía nazi:

Combatiremos en los mares y los océanos, combatiremos cada vez con mayor confianza y fuerza en el aire; defenderemos nuestra isla a cualquier precio. Combatiremos en las playas, en los lugares de desembarco, en los campos y en las calles: combatiremos en las montañas; no nos rendiremos jamás.



Winston Churchill mantuvo siempre un estrecho contacto con las tropas británicas encargadas de defender las islas. Pero tan sólo podía prometerles sangre sudor y lágrimas.

Así pues, los alemanes lanzaron una brutal ofensiva aérea que tenía como objetivo obligar a los ingleses a aceptar el nuevo orden preconizado por los nazis; en el caso de que este castigo no fuera suficiente para que los orgullosos británicos se aviniesen a aceptar las condiciones impuestas por Hitler, estaba prevista una invasión en toda regla, conocida como operación León Marino.

Por su parte, el pueblo inglés estaba dispuesto —tal y como había anunciado Churchill en su arenga— a defenderse con las aún escasas armas que tenía a su alcance, pero nunca a rendirse. Los continuos bombardeos, primero sobre los campos de aviación y después contra las ciudades, no hicieron ninguna mella en el ánimo de los ingleses, que incluso vieron cómo su moral era cada vez más sólida pese a sufrir cada día los bombardeos de la *Luftwaffe*.

La psicosis de la inminente invasión duró todo el verano. Fueron abundantes las falsas alarmas; casi a diario alguien veía la flota germana acercarse a las costas inglesas, o corría el rumor de que los soldados alemanes ya habían pisado alguna playa. No era extraño que los campanarios de las poblaciones costeras anunciaran durante aquel estío en varias ocasiones la llegada de los alemanes. Tras el susto inicial, sus habitantes volvían a sus quehaceres diarios, aunque el temor a la invasión permanecía inalterable.

Pero fue el día 16 de septiembre de 1940 cuando supuestamente se produjo el anunciado intento de atravesar el Canal de la Mancha. La prensa de los países aliados se hizo eco de una confusa noticia que afirmaba que ese día los alemanes habían lanzado León Marino, pero que la operación había tenido que cancelarse al haber sido atacada la fuerza de desembarco por aviones británicos cuando aún se encontraba en los puertos franceses.

En Estados Unidos, la revista *War Illustrated* y el diario *New York Sun* se atrevían incluso a narrar con todo lujo de detalles la frustrada invasión, remitiendo al testimonio de «observadores neutrales», según los cuales «la matanza fue terrible; los muertos, ahogados y heridos se podían contar por decenas de miles».

Además, estas publicaciones aseguraban que los hospitales franceses próximos a la costa habían quedado saturados por la llegada de soldados alemanes que presentaban quemaduras en todo el cuerpo. Según el informe de un anónimo médico francés, el 16 de septiembre, cuando los barcos alemanes estaban dispuestos ya a atravesar el Canal con las tropas de desembarco a bordo, fueron atacados por la aviación británica. El supuesto testigo afirmaba que los aviones lanzaron sobre ellos bombas de combustible. El petróleo derramado sobre la superficie del agua también ardió, abrasando a los desafortunados soldados que saltaban de los barcos intentando escapar de las llamas.

Aunque estas informaciones no hablaban del número total de bajas producidas por este ataque, un mes más tarde, basándose en testimonios procedentes de Francia carentes de toda credibilidad, se calculó que... ¡podían ascender a 350.000!

Para entonces, los esfuerzos de Berlín por desmentir esta historia se habían revelado totalmente inútiles. En la prensa continuaron apareciendo supuestos testigos de la masacre que se había producido aquel 16 de septiembre en las aguas del Canal.

Algunos ciudadanos norteamericanos que vivían en localidades de la costa belga confirmaron que durante días habían ido llegando a la playa cadáveres de soldados alemanes con signos evidentes de haber sido víctimas de las llamas.



Cazas británicos Spitfire, los grandes protagonistas de la Batalla de Inglaterra. La Luftwaffe se rendiría ante su rapidez y agilidad.



Londres, preparada para una invasión que nunca se produciría. En esta dramática composición, el Big Ben visto a través de unas alambradas.

Un periodista estadounidense de la CBS, William Shireer, observó la llegada a una estación cercana a Berlín de un tren de la Cruz Roja el 18 de septiembre, dos días después del supuesto intento de invasión. De él bajó un buen número de heridos, cuya gran mayoría presentaba graves quemaduras. Al periodista le sorprendió tal cantidad de bajas, teniendo en cuenta que las operaciones militares en el oeste habían cesado tres meses antes. Por lo tanto, achacó esta llegada masiva de heridos al frustrado paso del Canal.

Otro periodista norteamericano, Charles Barbe, afirmó haber visto con sus propios ojos cerca de la ciudad costera de Dieppe cuerpos de soldados alemanes prácticamente carbonizados. Según sus investigaciones, un total de 33.000 hombres habían muerto durante el ataque de la aviación británica a la flota de invasión.

Los relatos y descripciones del intento de atravesar el Canal del 16 de septiembre de 1940 fueron desapareciendo progresivamente de la prensa,

hasta que en 1944 comenzaron a aflorar de nuevo esas informaciones. Gracias al avance de los Aliados por Francia, los corresponsales de guerra lograron localizar a los testigos que podían confirmar la veracidad de aquellos hechos. No faltaron enfermeras que aseguraban haber visto llegar el 17 de septiembre un buen número de soldados a la estación de tren de Bruselas. La mayoría de ellos presentaba quemaduras en todo el cuerpo. Según las enfermeras, medio millar de aquellos soldados fueron trasladados a los hospitales de la capital belga, pero muchos morirían allí mismo.

Como el gobierno británico nunca había confirmado o desmentido el ataque con bombas de combustible a la flota alemana de invasión, en junio de 1945, cuando había pasado un mes desde el final de la guerra en Europa, la presión de la prensa para conocer la verdad forzó a llevar el asunto a la Cámara de los Comunes.

Las revelaciones del ministro de Información, Geoffrey Lloyd, para aclarar la confusa cuestión no contribuyeron precisamente a arrojar luz sobre el caso. Según Lloyd, no hubo ningún ataque de la aviación británica, sino que se trató de un experimento alemán a fin de comprobar la fiabilidad de unos trajes de amianto con los que habían sido dotados los soldados alemanes para protegerse en caso de que en las costas inglesas se dispusiera una barrera de petróleo ardiendo.



Un miembro de la defensa civil vigila el cielo londinense, con la catedral de Saint Paul al fondo. La población británica permanecía alerta ante el peligro de una inminente invasión.

No obstante, y siempre según el ministro, los uniformes de amianto eran defectuosos y los hombres que participaron en la prueba murieron abrasados. Esto explicaría la llegada de cadáveres quemados a las costas cercanas en los días siguientes.

Las inverosímiles explicaciones de Lloyd no convencieron a nadie y, tras la guerra, la historia de la supuesta invasión del 16 de septiembre se fue desinflando poco a poco. Tan sólo pareció confirmarse la llegada de cuerpos de soldados alemanes quemados a la costa británica, tal como señaló el primer ministro Clement Attlee en noviembre de 1946, pero que, en todo caso, el número de cadáveres no pasó de la treintena.

Años más tarde, fueron apareciendo algunos de los soldados que ayudaron a recuperar estos cuerpos del agua, lo que presupone que, al menos esta parte de la historia, tendría algún viso de ser cierta. De todos modos, el escaso número de cadáveres recuperados hace pensar más bien que podría tratarse de miembros de las tripulaciones de los bombarderos alemanes, más que en una gran fuerza anfibia de invasión.

Con el fin de acabar de confundir a todo aquel que intente conocer con exactitud lo que ocurrió –si es que realmente ocurrió algo– aquel 16 de septiembre, después de la guerra apareció un plan de los servicios secretos británicos para representar una falsa invasión de Inglaterra.

Para ello se planeó recuperar cadáveres de pilotos alemanes derribados y vestirlos con uniformes de infantería. Más tarde serían abandonados en el agua para que la marea los arrojase a la orilla. No hay constancia de que este proyecto se llevase a cabo, pero no hay que descartar esa



Para los soldados británicos era siempre motivo de alegría recibir una visita de Churchill, que siempre sabía corresponder con buen humor a las muestras de camaradería de la tropa.

posibilidad, que podría proporcionar también una explicación a los cuerpos encontrados en la costa a los que se refirió Attlee.

Pero ¿sucedió algo en realidad aquel 16 de septiembre? Aunque no hay ninguna prueba concluyente de que se produjese una masacre de soldados alemanes en aguas del Canal, ya fuera debido a un altamente improbable intento de invasión o un no menos inaudito experimento para comprobar la resistencia de uniformes ignífugos, la concordancia de testimonios que revelan una inusual llegada de heridos a los hospitales o de cadáveres a las costas puede indicar un posible accidente de grandes dimensiones que los alemanes prefiriesen mantener oculto.

Hay que recordar que la fuerza de invasión, que estaba lista para emprender el paso del Canal, constaba de un buen número de lanchas de desembarco. Las fotos de reconocimiento realizadas por la aviación aliada identificaron unas 600 barcasas en Amberes, 230 en Boulogne, 266 en Calais, 220 en Dunkerque, 205 en Le Havre y 200 en Ostende.

No es descabellado pensar que algunas de estas embarcaciones fueran pasto de las llamas debido a alguna incursión de los bombarderos aliados o incluso a un accidente fortuito, dando como resultado una tragedia que se saldase con la muerte de varios centenares de soldados germanos.



La catedral de Saint Paul destaca entre el humo que cubre Londres, el 29 de diciembre de 1940, durante un bombardeo de la Luftwaffe.

Esto no sería de extrañar, puesto que, a lo largo de la contienda, tanto británicos como norteamericanos silenciaron numerosos accidentes que provocaron víctimas en sus propias filas, para evitar así que se resintiera la moral de las tropas o que la población perdiese la confianza en sus dirigentes. No hay ningún motivo para pensar que los alemanes no optasen también por encubrir sus propios errores.

Tampoco hay que descartar que el gran saldo de heridos y muertos del 16 de septiembre fuera simplemente el resultado de alguna incursión aérea especialmente desastrosa para la *Luftwaffe* que causase un buen número de bajas entre sus pilotos, y que los alemanes prefiriesen mantener oculta.

Pero también hay que tener en cuenta el peso de la propaganda aliada; quizás fue capaz por sí sola de pergeñar ese gigantesco engaño para espolpear la moral de la población británica, que saborearía con fruición ese supuesto fracaso de la temida invasión alemana.

A favor de la tesis del montaje figuraría la capacidad demostrada por los servicios secretos de los Aliados para diseñar y llevar a cabo con éxito complicadas operaciones de contrainformación, que a la postre resultarían decisivas para el resultado final de la contienda.

Sea lo que fuere, lo que está claro es que, si la apertura de algún archivo no nos desvela por fin la realidad de los hechos, durante mucho tiempo seguirá siendo un misterio lo que ocurrió aquel 16 de septiembre en aguas del Canal de la Mancha.

UN AERÓDROMO MALDITO

Está comprobado que en época de guerra toman un inesperado y sorprendente protagonismo historias de supersticiones que en tiempos de paz no merecerían el más mínimo crédito.

Ya hemos visto cómo en Inglaterra circularon todo tipo de rumores sobre la frustrada invasión alemana. Las historias de brujería, como no podía ser menos, también recobraron fuerza; según un más que dudoso testimonio aparecido en 1954 —el libro *Witchcraft Today* de Gerald Gardner—

el fracaso de la operación León Marino habría que anotararlo en el haber de las brujas inglesas.

Al parecer, en el verano de 1940 se celebró una reunión de brujas al más alto nivel –el denominado *Great Circle* o Gran Círculo– en la localidad de New Forest con el objetivo de influir a distancia en el cerebro de Hitler para que no lanzara la invasión.

No se puede poner en duda la gran eficacia de las brujas inglesas cuando se proponían rechazar invasores, puesto que los otros dos únicos momentos históricos en el que se había convocado el *Great Circle* había sido con ocasión de la lucha contra la Armada Invencible y de la amenaza napoleónica...

Según otros autores, la reunión de las brujas consistió en un aquelarre nocturno celebrado al aire libre en un bosque en Hampshire, en donde algunas de ellas murieron exhaustas por el gran esfuerzo mágico realizado, aunque alguna fuente apunta la posibilidad de que el fallecimiento se produjera a causa de la neumonía contraída al bailar sin ropa –tal como requería la ceremonia– en una noche especialmente fría.

Este repentino auge de todo lo que hacía referencia a las brujas provocó también un curioso episodio relacionado con la construcción de un aeródromo para la Fuerza Aérea norteamericana en Boreham, cerca de la ciudad inglesa de Chelmsford.

En mayo de 1943, el 861º Batallón de Ingenieros comenzó a hacer los trabajos necesarios para construir un nuevo campo de aviación que permitiese a los bombarderos pesados estadounidenses despegar desde allí rumbo a las ciudades alemanas para soltar su mortífera carga de bombas.



Bombardero pesado norteamericano B-17. Cientos de aviones como éste despegaron del aeródromo maldito de Boreham rumbo a Alemania.

Lo que no sabían los ingenieros era que, para poder aplanar la superficie, era imprescindible mover una gran piedra que estaba situada en el bosque de Dukes. Algunos de los lugareños, al ver que la piedra iba a ser trasladada a otro lugar, advirtieron a los ingenieros que no lo hicieran; el motivo era que aquella roca tenía un difuso carácter sagrado para los habitantes de la zona.

Sin saber precisar muy bien el motivo de la supuesta importancia de la piedra, los habitantes indicaron que, según la tradición, debajo de la roca estaba enterrada una bruja que había sido quemada siglos atrás en la hoguera. Para redondear la truculencia de la historia, los más ancianos aseguraban que fue precisamente en ese punto en donde apareció asesinado un guardabosques en 1856, no hallándose nunca al culpable.

Algún experto consultado por los asustados ingenieros indicó que era probable que en realidad se tratase de un altar pagano cuya antigüedad se remontaría a una época anterior a la llegada de los romanos, y que había permanecido en el imaginario popular a través de la tradición oral. Sea cual fuere la razón, los habitantes de la región estaban convencidos de que mover la piedra de su lugar original no podía acarrear más que desgracias.

La primera consecuencia que sufrieron los ingenieros fue que ningún trabajador se atrevió a mover la piedra. Uno que no creía en historias de brujería se dispuso a removerla con su excavadora pero, en el instante en el que iba a levantar la piedra, la maquinaria sufrió una inexplicable avería, lo que obligó a aplazar la operación. Para los habitantes de la zona no había ya ninguna duda; el lugar estaba maldito.

Al final, otra excavadora trasladó la piedra sin sufrir ningún percance, pero el ganado de la zona cayó víctima de una extraña enfermedad, lo que fue achacado de inmediato a la venganza de la bruja al haber visto alterado su lugar de eterno descanso.

Una vez que, superando todas estas dificultades, el campo de aviación entró por fin en servicio, dio la sensación de que la maldición había sido conjurada, pero los hechos demostrarán que eso estaba muy lejos de la realidad.

Un avión *Thunderbolt* del 56° Grupo de Caza se vio obligado a realizar un aterrizaje de emergencia en la recién estrenada pista, con tan mala fortuna que su tren de aterrizaje acabó impactando con una excavadora que estaba llevando a cabo trabajos de mantenimiento, matando a su conductor en el acto. Como el lector puede imaginar, esa excavadora era precisamente la que había trasladado la piedra...

Para colmo, unas semanas más tarde, el comandante de la base, que había manifestado que no creía en historias de brujas, murió repentinamente de un ataque al corazón, por lo que la maldición que presuntamente pendía sobre el aeródromo se vio fatalmente confirmada.

No obstante, parece ser que la sed de venganza de la bruja se vio saciada con el fallecimiento del jefe de la base, ya que no volvió a producirse ningún otro suceso extraño. El día a día del trabajo en el aeródromo se impuso poco a poco a las fantasías que rodeaban a la maldición de la piedra sagrada. Las supersticiones que rodeaban el lugar fueron quedando difuminadas mientras los aviones continuaron despegando rumbo a Alemania.

El final de la guerra y el consecuente desmantelamiento de la base supuso el final de la maldición. De hecho, pocos habitantes de la zona mostraron ya algún interés por los supuestos poderes sobrenaturales de la piedra, como lo demuestra el que acabase sirviendo de adorno en el aparcamiento de un *pub* de Boreham...

LA BATALLA DE LOS ÁNGELES

Mientras que Gran Bretaña pudo respirar aliviada una vez que Hitler dirigió su mirada hacia la Unión Soviética, lanzando a sus *panzer* contra ella el 22 de junio de 1941, Estados Unidos sería el siguiente país que sufriría el ataque del Eje.

La incursión de la aviación japonesa en la base de Pearl Harbor, en Hawái, el 7 de diciembre de 1941, supondría la entrada de Norteamérica en la contienda. Hasta ese momento los ciudadanos estadounidenses habían

permanecido alejados de la tragedia que se desarrollaba al otro lado del Atlántico, y los partidarios del aislacionismo eran mayoría entre la población.

La agresión nipona, sin previo aviso, despertó la rabia de los norteamericanos, que de inmediato formaron junto a su presidente, Franklin Delano Roosevelt, para derrotar al enemigo asiático. Pero pasados los primeros estallidos de efervescencia patriótica, los habitantes de la costa del Pacífico fueron conscientes de que corrían el peligro de encontrarse en primera línea de combate.

En la confusión de las primeras semanas, los californianos temían que de un momento a otro se produjese una invasión japonesa. En esos momentos, los norteamericanos eran conscientes de que su país no estaba preparado para rechazar un ataque a gran escala, aunque desconocían que la maquinaria militar nipona carecía de medios suficientes para lanzar una ofensiva contra el continente americano.

Esta incómoda sensación de inferioridad ante el ejército imperial quedó reflejada en una sincera aseveración del tan espontáneo como contundente general George Patton: «Si los japoneses ponen pie en California, ¡nadie podrá impedir que en dos semanas lleguen a Chicago!».

La consecuencia de este miedo a la invasión nipona hizo mella en el ánimo de la población de la costa del Pacífico, que cayó víctima de una psicosis generalizada. Comenzaron a proliferar las denuncias contra supuestos quintacolumnistas que estaban preparando el terreno para la invasión. Naturalmente, los más afectados por esta *caza de brujas* fueron los ciudadanos norteamericanos de origen japonés, que acabaron siendo reclusos en campos de internamiento. En este clima de temor y desconfianza sucedió un episodio al que, aún hoy, no se le ha encontrado una explicación.

A las siete de la tarde del 24 de febrero de 1942 se detectó en la costa californiana la presencia de unas extrañas luces parpadeantes, por lo que saltó la alarma en los puestos de defensa costera, ante la posibilidad de

que se tratase de aviones japoneses. Aunque desaparecieron al cabo de unos minutos, el estado de alerta duró hasta las diez y media de la noche, sin que se volviera a tener noticia de las luces.

El resto de la noche del 24 al 25 de febrero de 1942 discurrió con normalidad pero, a primera hora de la madrugada, los radares detectaron un objeto indeterminado a unos doscientos kilómetros al oeste de Los Angeles. Las baterías antiaéreas de la costa esperaron la llegada del supuesto avión enemigo, pero al cabo de unos minutos el radar informó de que el objeto había desaparecido de la pantalla sin dejar rastro.

Aún así, algunos vigías comunicaron avistamientos de «aviones enemigos» a lo largo de la costa de Los Angeles, pese a que el radar no los detectaba. Finalmente, a las 2.25 de esa madrugada tan poco plácida, una formación de aparatos sin identificar estaba a punto de irrumpir en el cielo de Los Angeles. Inmediatamente, las sirenas comenzaron a sonar y fueron llamados urgentemente 12.000 vigías aéreos para que se incorporasen a sus puestos de observación.

En un primer momento todos creyeron que se trataba de un simple simulacro, pero poco más tarde quedó claro que no era así, al entrar en acción las baterías antiaéreas. Los reflectores apuntaron al cielo y descubrieron la presencia de unos objetos plateados que se movían a altitudes



Fotografía del diario Los Angeles Times, en el que parece apreciarse un objeto esférico iluminado por los reflectores. Aunque es probable que se tratase de un globo meteorológico, no faltan quienes creen ver en él un platillo volante.

de entre 3.000 y 6.000 metros. La velocidad de estos aparatos era sorprendentemente lenta para tratarse de aviones militares; aproximadamente unos trescientos kilómetros por hora.

Un millón de habitantes del sur de California sufrió durante cinco horas un apagón eléctrico que no ayudó a que recuperasen la calma aunque, para alivio de los perplejos habitantes de Los Angeles, ninguna bomba caería sobre la ciudad.

Este hecho, unido a que la Marina confirmó que no había detectado ningún avión enemigo, descartó en principio a los japoneses como responsables del incidente.

¿Cuántos aparatos participaron en esa operación aérea? Las cifras varían entre los 27 que contaron algunos testigos y los 15 del informe oficial, pero también hubo quien dijo no haber visto ningún avión.

Tampoco existen coincidencias en la descripción de estos artefactos. Miles de testigos vieron en la costa «grandes bolsas que flotaban en el aire», mientras que otros observaron tan sólo unas extrañas luces rojas en el horizonte que realizaban vuelos en zigzag. Hubo testigos en Los Angeles que dijeron haber visto una gran máquina, suspendida en el aire, contra la que nada podían hacer los proyectiles que le disparaban las baterías antiaéreas; poco después, lentamente, la misteriosa máquina se marchó siguiendo la línea de la costa.

El balance del *ataque* no pudo ser más extraño; la ciudad no sufrió ningún tipo de daño —excepto algún pequeño desperfecto ocasionado por las esquirlas de los proyectiles antiaéreos—, no se consiguió derribar



Portada del Los Angeles Times, informando del extraño bombardeo sufrido por la ciudad californiana. Todavía no se sabe quién fue el causante de aquella alarma.

ni un solo aparato enemigo y tan sólo hubo que lamentar una muerte —aunque algunas fuentes elevan esta cifra a seis—, debida a un ataque al corazón.

A la mañana siguiente, todo el mundo se hacía preguntas sobre lo que había ocurrido durante aquella agitada noche, pero nadie podía proporcionar las respuestas. Una fotografía que apareció en el diario *Los Angeles Times* el día 26 hizo aumentar aún más la confusión, puesto que parecía advertirse, iluminado por los proyectores, un objeto circular. Si, aparentemente, no se trataba de un avión, ¿qué era en realidad?



El general Marshall fue el encargado de redactar el informe sobre el enigmático bombardeo de Los Angeles. En él reconocía no saber su origen.

La prensa californiana denunció una «misteriosa reticencia» de las autoridades militares para hablar del asunto y algunos se atrevieron a acusarles de haber establecido «una censura que impedía hablar sobre ello».

El secretario de Marina, el almirante Frank Knox, intentó calmar los ánimos ofreciendo una versión verosímil sobre los extraños sucesos de la madrugada del 25 de febrero. Para él, todo se debía a una falsa alarma que había estallado debido al temor a una inminente invasión nipona. Evidentemente, las palabras de Knox no fueron creídas, al sospechar que tenían como único objetivo hacer que el incidente fuera olvidado lo más rápidamente posible.

Al concluir la Segunda Guerra Mundial, el bombardeo *fantasma* de Los Angeles quedó ratificado por un documento militar secreto, que no sería desclasificado hasta 1974, firmado por el comandante en jefe de las Fuerzas Aliadas, el general George C. Marshall, y enviado al entonces presidente norteamericano, Franklin D. Roosevelt.

En dicho informe confidencial —que se reproduce a continuación por su enorme interés— se relata de forma oficial lo sucedido esa noche en Los Angeles, achacando el incidente a las supuestas actividades de los quintacolumnistas:

(División de Archivos Militares) General George C. Marshall.

Informe breve del Jefe del Estado Mayor del día 26 de febrero, dirigido al presidente Franklin D. Roosevelt, sobre la misteriosa alarma aérea de Los Angeles.

INFORME PARA EL PRESIDENTE:

Lo siguiente es la información de la que disponemos en este momento, referente a la alarma aérea ocurrida en la madrugada de ayer en Los Angeles, con los detalles disponibles a esta hora:

- 1. Aviones no identificados que no pertenecían ni a la Marina ni al Ejército americanos, probablemente sobrevolaron Los Angeles, siendo disparados por elementos de la 37 CA Brigada (AA) entre las 3:12 y 4:15 AM. Estas unidades emplearon en total 1.430 balas de munición.*
- 2. Puede haber habido hasta quince aviones, volando a varias velocidades que pueden ser calificadas de «muy lentas», hasta a 200 millas por hora, y a alturas que oscilaban entre 9.000 y 18.000 pies.*
- 3. No se lanzó bomba alguna.*
- 4. No hubo ninguna baja en nuestras tropas.*
- 5. No se derribó ningún avión.*
- 6. No intervino ningún avión del ejército ni de la marina americana.*

La investigación continúa. Parece razonable concluir que, si se hallaban implicados aviones sin identificar, debían de ser aviones comerciales, pilotados por agentes enemigos con el fin de crear situaciones de alarma, descubrir la posición de los antiaéreos y disminuir la producción con los apagones. Esta conclusión tiene el apoyo de la diversidad de velocidades de los aviones y del hecho de que no se lanzó ninguna bomba.

Firmado: G.C. Marshall - Jefe del Estado Mayor



Las explicaciones que recibió el presidente norteamericano Franklin D. Roosevelt sobre el misterioso incidente de Los Angeles no pudieron ser muy precisas.

Si algo evidencia este informe redactado por el general Marshall es que, en realidad, nadie tenía ni idea de lo que había ocurrido esa noche. El hecho de culpar de la acción a unos supuestos agentes enemigos, que habrían sobrevolado Los Angeles a bordo de aparatos comerciales, demuestra que Marshall debía encontrar rápidamente una explicación al incidente y apostó por esa historia tan inverosímil.

En efecto, para proporcionar una historia capaz de dar respuesta a todos los interrogantes que se habían creado, se dijo que se trataba de aviones comerciales que habían sido tomados por infiltrados nipones en algún aeródromo mexicano o de la propia California. De este modo se eludía el hecho de que la Marina no hubiera detectado ningún avión enemigo procedente del Pacífico.

Restando cualquier tipo de credibilidad a esta absurda historia, ¿cómo se explica lo sucedido en Los Angeles? Aunque probablemente nunca se sepa la verdad con exactitud, se pueden apuntar algunas hipótesis.

Bibliografía

- ALFORD, Kenneth A. *Historias de grandes tesoros de la II Guerra Mundial*. Editorial San Martín. Madrid, 2004.
- ARNOLD-FORSTER, Mark. *El mundo en guerra*. Plaza y Janés. Barcelona, 1975.
- ARTOLA, Ricardo. *La Segunda Guerra Mundial*. Alianza Editorial. Madrid, 1973.
- BOURKE, Joana. *La Segunda Guerra Mundial. Una historia de las víctimas*. Paidós. Barcelona, 2002.
- BREUER, William B. *Secret weapons of World War II*. John Wiley & Sons. Nueva York, 2000.
- BREUER, William. *The spy who spent the war in bed*. John Wiley & Sons. Nueva York, 2003.
- BREUER, William B. *Top secret tales of World War II*. John Wiley & Sons. Nueva York, 2000.
- BREUER, William B. *Undercover tales of World War II*. John Wiley & Sons. Nueva York, 1999.
- BREUER, William B. *Unexplained mysteries of World War II*. John Wiley & Sons. Nueva York, 1997.
- BULLOCK, Alan. *Hitler*. Editorial Bruguera. Barcelona, 1972.
- BULLOCK, Alan. *Estudio de una tiranía*. Grijalbo. Barcelona, 1984.
- CALVOCORESI, Peter y WINT, Guy. *Guerra total*, 2 Vols. Alianza Editorial, Madrid, 1979.
- COFFEY, Michael. *Días de infamia. Grandes errores militares del siglo XX*. Editorial Salvat. Barcelona, 2000.

- COWLEY, Robert. *What If? Military historians imagine what might have been*. Pan Books. Londres, 1999.
- COWLEY, Robert. *More What If? Eminent historians imagine what might have been*. Pan Books. Londres, 2001.
- CHURCHILL, Winston. *Memorias. La Segunda Guerra Mundial*. Ediciones Orbis. Barcelona, 1985.
- CRAIG, William. *La caída del Japón*. Luis de Caralt. Barcelona, 1974.
- DELARUE, Jacques. *La Gestapo*. Editorial Bruguera. Barcelona, 1971.
- DE CLERK, Phillip. *La Gestapo*. M.E. Editores. Barcelona, 1998.
- DOWSWELL, Paul. *True stories of the Second World War*. Usborne Publishing. Londres, 2003.
- FEST, Joachim C. *Los dirigentes del III Reich*. Luis de Caralt. Barcelona, 1971.
- GOLDENSHON, Leon. *Las entrevistas de Nuremberg*. Taurus. Barcelona, 2004.
- HAYWARD, James. *Mitos y leyendas de la Segunda Guerra Mundial*. Inédita Editores. Barcelona, 2004.
- HEIBER, Helmut, ed. *Hitler y sus generales*. Editorial Crítica. Barcelona, 2004.
- HISTORIA Y VIDA. *Los más famosos casos del espionaje*. Barcelona, 1977.
- JACKSON, Robert. *Unexplained Mysteries of World War II*. Eagle Editions. Londres, 2003.
- JACKSON, Robert. *Commanders and Heroes of World War II*. Airlife Publishing. Londres, 2004.
- JENKINS, Roy. *Churchill*. Ediciones Península. Barcelona, 2002.
- JUNGE, Traudl. *Hasta el último momento. La secretaria de Hitler cuenta su vida*. Península, Barcelona, 2003.
- KELLY, Brian C. *Best little stories from World War II*. Cumberland House. Nashville, 1998.
- KERSHAW, Ian. *Hitler. 1889-1936*. Ediciones Península. Barcelona, 1999.
- KERSHAW, Ian. *Hitler. 1936-1945*. Ediciones Península. Barcelona, 2000.
- LESTA, José. *El enigma nazi*. Edaf. Madrid, 2003.
- LESTA, José. *Las claves esotéricas del III Reich*. Edaf. Madrid, 2005.
- LLAUGÉ DAUSÁ, Félix. *Armas secretas de la Segunda Guerra Mundial*. Ediciones Picazo. Barcelona, 1973.
- MACHTAN, Lothar. *El secreto de Hitler*. Planeta. Barcelona, 2004.

- MICHAL, Bernard. *El proceso de Nuremberg*. Los amigos de la historia. Barcelona, 1973.
- MICHAL, Bernard. *Churchill, el último victoriano*. Los amigos de la historia. Barcelona, 1975.
- MOOREHEAD, Alan. *Churchill*. Editorial Salvat. Barcelona, 1987.
- MURRAY, Williamson y MILLETT, Allan. *La guerra que había que ganar*. Editorial Crítica. Barcelona, 2002.
- OVERY, Richard. *Interrogatorios. El Tercer Reich en el banquillo*. Editorial Tusquets. Barcelona, 2003.
- ROMAÑA, José Miguel. *Hazañas y secretos de la II Guerra Mundial* (3 tomos). Ediciones Mensajero. Bilbao, 1988.
- ROMAÑA, José Miguel. *Nazismo enigmático. Los orígenes ocultos del III Reich*. Seuba Ediciones. Barcelona, 1996.
- PAYNE, Robert. *Vida y muerte de Adolf Hitler*. Editorial Bruguera. Barcelona, 1974.
- POPE, Stephen. *Dictionary of the Second World War*. Pen and Sword Books. Barnsley, 2003.
- REGAN, Geoffrey. *Military anecdotes*. André Deutsch. Londres, 2002.
- RHODES, Richard. *Amos de la muerte. Los SS Einsatzgruppen y el origen del Holocausto*. Editorial Seix Barral. Barcelona, 2005.
- SCHROEDER, Christa. *Doce años al lado de Hitler*. Editorial Milenio. Lérida, 2005.
- SOLAR, David. *El último día de Hitler*. Espasa Calpe. Madrid, 1995.
- STEINER, Marlis. *Hitler*. Javier Vergara Editor. Buenos Aires, 1996.
- SPEER, Albert. *Memorias*. Editorial Círculo de Lectores. Barcelona, 1970. (reeditada por El Acantilado, Barcelona, 2001).
- THORWALD, Jurgen. *Comenzó en el Vístula y acabó en el Elba*. Editorial Luis de Caralt. Barcelona, 1967.
- TOLAND, John. *Los últimos 100 días*. Bruguera. Barcelona, 1970.
- TREVOR-ROPER, Hugh. *Los últimos días de Hitler*. Los libros de nuestro tiempo. Barcelona, 1947.
- TREVOR-ROPER, Hugh. *Las conversaciones privadas de Hitler*. Editorial Crítica. Barcelona, 2004.
- VV.AA. *Crónica militar y política de la Segunda Guerra Mundial*. Sarpe. Madrid, 1982.
- VV.AA. *Los grandes hechos del siglo XX*, Volúmenes V y VI. Ediciones Orbis. Barcelona, 1982.

- VV.AA. *El III Reich. Historia total de una época decisiva*. 4 Tomos. Editorial Noguer. Barcelona, 1974.
- VV.AA. *La aventura del mar*. Ediciones Folio. Barcelona, 1996.
- VV.AA. *El Tercer Reich*. Editorial Rombo. Madrid, 1997.
- VV.AA. *La Segunda Guerra Mundial*. Editorial Folio. Barcelona, 1995.
- VV.AA. «Gran crónica de la Segunda Guerra Mundial.» Selecciones del *Reader's Digest*. Madrid, 1965.
- VV.AA. «Historias secretas de la última guerra.» Selecciones del *Reader's Digest*. Madrid, 1973.
- VV.AA. «Secretos de la II Guerra Mundial.» Selecciones del *Reader's Digest*. Madrid, 1977.
- VV.AA. *Los grandes enigmas de la Segunda Guerra Mundial*. Los Amigos de la Historia. Madrid, 1969.
- VV.AA. *Los grandes enigmas de la guerra secreta*. Los Amigos de la Historia. Madrid, 1970.
- WERTH, Alexander. *De Stalingrado a Berlín*. Bruguera. Barcelona, 1975.
- WILLIAMSON, Gordon. *Las SS, instrumentos de terror de Hitler*. Editorial Ágata. Madrid, 1995.

*El autor agradecerá que se le hagan llegar cualquier comentario,
crítica o sugerencia a las siguientes direcciones de correo electrónico:*

jhermar@hotmail.com

jesus.hernandez.martinez@gmail.com